

## **EL AMOR DE SÍ MISMO VIRTUOSO COMO FUNDAMENTO DEL BIEN DE LA SOCIEDAD**

### **Dos versiones: Adam Smith y Tomás de Aquino**

En la época moderna ha existido una concepción del individuo humano predominantemente negativa, según la cual éste es un átomo social, que se constituye por oposición a diversas realidades, tales como la sociedad, el Estado, los demás individuos, etc. Ella ha dado origen a distintas formas de individualismo. Dentro de cualquiera de las formas de individualismo se plantea la cuestión de cómo es posible la relación entre diversos individuos en una comunidad. Las doctrinas forjadas al respecto son múltiples. Entre ellas está la que sostiene que la oposición en cuestión, aunque innegable, no convierte por ello al individuo en una entidad antisocial; por el contrario, hace posible la sociedad en cuanto agrupación de individuos con un cierto fin: el de satisfacer al máximo los intereses de cada individuo<sup>1</sup>.

Nos parece que dentro de esta última se encuentra la de Adam Smith, quien, no fundamentó el desarrollo del libre mercado en el egoísmo o codicia, como se ha pensado desde una vulgarización de su pensamiento, sino en un amor de sí mismo virtuoso, de origen estoico. Paradójicamente Tomás de Aquino, desde un contexto filosófico enteramente opuesto al de Adam Smith, también considera laudable el amor de sí mismo virtuoso, pero, a diferencia de Smith, como la base de la amistad que hace posible una sociedad en que las personas tienden al fomento del bien común. Por cierto que ambas concepciones del amor de sí mismo virtuoso difieren profundamente, y su contraposición puede contribuir a purificar la cosmovisión que está tras la idea actual de globalización, que involucra hoy en día todos los ámbitos sociales de la vida humana, incluso a los individuos, y a cuyo análisis nos ha convocado esta Semana Tomista.

Expondremos primero qué es el amor de sí mismo virtuoso para Adam Smith, cuyo ejercicio tiene consecuencias no intencionadas –producto de la mano invisible– en el mejoramiento de la condición humana y económica del individuo y la sociedad, considerando la moral desde una perspectiva ilustrada. Luego explicaremos qué es el amor de sí mismo virtuoso para Tomás de Aquino, y cómo su ejercicio redundará en la promoción del bien común, criticando la ética naturalista smithiana desde el punto de vista de una ética natural basada en la razón del hombre, y no en sentimientos o instintos originales de la naturaleza humana. Finalmente haremos referencia a ciertos fundamentos teológicos de ambas concepciones políticas.

### **Adam Smith: el amor de sí mismo virtuoso como fundamento de la sociedad comercial**

Adam Smith no da ninguna definición precisa y directa del amor de sí mismo. Pero al comienzo de una sección especial sobre la prudencia –que en nuestra opinión es amor de sí mismo virtuoso- en *The Theory of Moral Sentiments*, dice que la naturaleza le ha encomendado a cada individuo su propia conservación, como también su estado de salud, poniendo en él ciertos apetitos. La necesidad de satisfacer estos apetitos le lleva a ser previsor, y a desarrollar el arte de preservar y aumentar sus bienes externos. No sólo esos apetitos conducen al individuo a la autoconservación, sino que lo llevan a buscar un rango social que le permita gozar de cierta confianza entre sus iguales, lo cual depende de su carácter, de su conducta y de sus riquezas (*TMS*, 248-249). Estos apetitos son equivalentes a lo que en *The Wealth of Nations* Smith denomina “el deseo de mejorar nuestra propia condición” (*WN*, 341).

Los apetitos en cuestión son egoístas e indisciplinados en su espontaneidad original, como sentimientos pasivos, conduciendo al individuo a preferir sus propios intereses y a ponerse por encima de los intereses de los demás, sin reconocer la igualdad en que se encuentra con relación a sus congéneres (*TMS*, 158). Sin embargo, cuando va a actuar de esa forma, el individuo es refrenado por el espectador imparcial u hombre interior, que le recuerda que se está valorando demasiado a sí mismo, y muy poco a los demás, y que obrando así se convierte en objeto de desprecio e indignación por parte de los otros (*TMS*, 159). Esta apreciación del espectador imparcial controla al individuo en su egoísmo original, porque la naturaleza lo ha formado para la sociedad dotándolo también con otro instinto primigenio, que es el deseo de agradar (*TMS*, 135). La aprobación de los demás se obtiene por medio de la simpatía, un sentimiento complejo que lleva consigo un juicio moral sobre el comportamiento de los otros.

El hombre está siempre siendo juzgado, en sus motivos y en su conducta, por el espectador, que puede ser uno real, o el espectador imparcial, que es una tercera persona imaginaria, que hace las veces de lo que en la filosofía clásica denominamos conciencia moral. Cuando el espectador real simpatiza con los sentimientos y conducta de un individuo, siente un afecto o emoción que lleva consigo un juicio moral, en lo cual consiste la simpatía, y que es el reconocimiento de la conveniencia de esos sentimientos y esa conducta con la causa u objeto que los ha suscitado (*TMS*, 22). Las acciones de los demás pueden ser juzgadas también por el espectador según su mérito o falta de mérito,

de acuerdo a los efectos beneficiosos o dañinos que se siguen de ellas (*TMS*, 22). El espectador imparcial, que como acabamos de decir es imaginario, realiza el mismo proceso de la simpatía en cada individuo respecto a sí mismo (*TMS*, 156-157)<sup>2</sup>.

La simpatía y, por medio de ella el espectador imparcial, ejercen un control sobre los sentimientos egoístas originarios, cuando por medio de éstos el individuo tiende a preferir sus propios intereses, atropellando los de los demás. Impedir la felicidad de otro sólo para conseguir la propia, quitarle lo que es de uso real para él porque igualmente lo es para nosotros, es algo con lo que el espectador imparcial no puede estar de acuerdo, dice Adam Smith (*TMS*, 96)<sup>3</sup>. El individuo debe velar por sus propios intereses, porque la naturaleza lo ha encomendado a su propio cuidado, ya que cada uno cuida de sí mismo mejor de lo que lo podría hacer cualquier otro. Este instinto natural lleva al individuo a estar más interesado por lo que le sucede a sí mismo, que por lo que le sucede a los demás. El interés por sí mismo es tan fuerte, que Smith lo ejemplifica diciendo que si uno oye que ha muerto alguien con el que no teníamos una conexión particular, su dolor nos interesará menos que nuestro dolor de estómago o cualquier pequeño desastre que nos pueda suceder. Pero aunque la ruina de nuestro prójimo nos interese mucho menos que cualquier pequeña dificultad propia, no podemos arruinarlo para impedir nuestra propia ruina (*TMS*, 96-97).

La perspectiva empirista de la filosofía de Adam Smith no le permite ver ningún orden moral que esté más allá de los hechos existenciales y de las necesidades físicas y psicológicas individuales. El orden moral es creado por el mismo hombre a partir de esos hechos y esas necesidades, aunque dependa en último término de la divinidad en la medida en que ella ha puesto en él esos afectos originales para que se organice moralmente y pueda ayudarse por medio de la sociedad. Este orden consiste en un conjunto de reglas establecidas por los hombres a partir de su propia experiencia, y promulgadas por ellos mismos como representantes de la Deidad, siguiendo de este modo particular su Providencia (*TMS*, 188-199).

Antes de llegar a establecer esa ciencia moral, hay una interconexión entre sentimientos naturales que permite a los individuos establecer esas reglas, y que se realiza a partir del dominio del amor a sí mismo egoísta. Si por una parte el hombre es todo para sí mismo, por otra es una parte insignificante para el resto del mundo. Si la propia felicidad es para él más importante que la de todo el mundo alrededor, para las demás personas no es más que la felicidad de cualquier otro. Si, además, desea ser aprobado por los espectadores, y especialmente por el espectador imparcial, no debe

verse a la luz en que se ve a sí mismo, sino a la luz en que lo ven los demás. Cuando un hombre se ve a la luz en que lo ven los otros, se da cuenta que para ellos no es más que uno en medio de la multitud, no mejor que cualquier otro. Si desea que los espectadores simpaticen con él, debe humillar la arrogancia de su amor de sí mismo hasta un cierto grado en que los demás estén de acuerdo con él. Los espectadores permiten que el individuo busque intensamente su propia felicidad más que la de los otros, y que haga todo lo posible para alcanzar riquezas, honores y ascensos; pero sin impedir la de ellos, porque si la impide se les acaba su indulgencia. Ese atropello sería una violación del *fair play* –juego justo o imparcial -, que los espectadores no pueden admitir (*TMS*, 97).

Desde una perspectiva estoica, concretamente ciceroniana, Adam Smith afirma que los espectadores no pueden aprobar el amor de sí mismo que lleva a un individuo a preferirse a los otros de tal modo que les haga mal, porque en ese caso simpatizarán con el resentimiento del injuriado, y el que injuria será objeto de odio e indignación (*TMS*, 97-98). Para promover la observancia de la justicia, la naturaleza ha implantado en el corazón humano el terror al castigo merecido, que es un sentimiento que salvaguarda la sociedad, protege al débil, contiene al violento y castiga al culpable. El hombre es consciente de que su prosperidad depende de la preservación de la sociedad, y como esta no puede existir sin justicia, aprueba las leyes que derivan de esta virtud y el castigo recibido por quienes las violan (*TMS*, 100-107).

El individuo debe por tanto racionalizar el amor que tiene de sí mismo teniendo en vista su propia felicidad actual y futura, y la debida satisfacción de los intereses de los demás<sup>4</sup>. Para ello se necesita dominio de sí mismo, una metavirtud presupuesta en la práctica de la prudencia y la justicia, virtudes que se entienden de un modo ilustrado, no aristotélico, y que están en la base del ejercicio de la libertad natural necesaria para el desarrollo del capitalismo, que lleva consigo no sólo prosperidad económica individual, sino mejoramiento de la condición humana y económica de los individuos en general.

### **Tomás de Aquino: el amor de sí mismo virtuoso en el origen de la promoción del bien común**

También Tomás de Aquino distingue entre un amor de sí mismo que es reprobable y un amor de sí mismo que es un deber y bueno, concretamente en el *Comentario de la Ética a Nicómaco*. Ahondando en esta distinción, se refiere a dos tipos de bienes que pueden ser deseados y buscados por las personas: los bienes útiles y los bienes honestos. Los primeros son bienes corporales, tales como el dinero, los honores y los deleites

corporales – el comer y lo venéreo. Estos son por cierto bienes humanos, necesarios en cierta medida en muchos casos, pero no son los bienes mejores, por lo que no deben ser deseados como fines (*CEN*, N° 1863). Los hombres que tienden a ellos prefiriéndolos sobre bienes superiores, lo hacen exclusivamente en razón de la utilidad que tienen para su propia satisfacción (*CEN*, N° 1857). Por eso estas personas son reprobadas por amarse a sí mismas (*CEN*, N° 1856). Se trata de una conducta interesada y vituperable.

Vemos por tanto que Tomás de Aquino condena el comportamiento interesado. Adam Smith, al contrario, aprueba la moralidad de ese tipo de vida dentro de ciertos límites. El que se las agencia para buscar sus propios intereses sin sobrepasar esos términos, tiene una vida virtuosa, de acuerdo a un amor de sí mismo que no es egoísta, y permite que haya justicia en la sociedad, aunque se trate de una justicia negativa, que se reduce sólo a no dañar al otro (*TMS*, 96-108).

La conducta virtuosa en Tomás de Aquino supera todo comportamiento interesado. Los hombres virtuosos no actúan sólo en razón de sí mismos, sino en razón de los bienes honestos, que son apetecidos por lo que son, y no por la satisfacción que reportan a los individuos (*S.T.*, c.5, a.6). Forman parte de un orden moral no establecido por los hombres a partir de instintos originales que tienen que ser contentados, sino de un orden moral inserto en el hombre, y que puede conocer por medio de su intelecto y razón. Por eso la persona los desea tanto para sí como para los amigos, siendo capaces la mayoría de las veces de dejar de lado sus intereses por estos bienes más excelente (*CEN*, N° 1857)<sup>5</sup>.

Ambicionando máximamente para sí el bien honesto, los hombres se aman a sí mismos de manera laudable (*CEN*, N° 1866 y 1867). En esto consiste el amor de sí mismo virtuoso para Tomás de Aquino. No se quita nada a los demás queriendo poseer los bienes honestos, sino que al contrario ese disfrute redundante siempre en el bien de los otros, porque no se trata de repartirse los bienes honestos de modo que a cada uno le toque una parte, sino que el goce individual de cada uno de ellos se desborda en el bien de los demás.

Por eso el hombre tiene que ser el mejor amigo de sí mismo, queriendo sobre todo su propio bien, que no es lo mismo que desear sus intereses. Ser el mejor amigo de sí mismo significa amarse máximamente (*CEN*, N° 1858). Esta verdad se manifiesta en algunos proverbios, que dicen “que el alma de dos amigos es una sola, que lo que es de los amigos es común, que la amistad es cierta igualdad, que el amigo es para el amigo como la rodilla a la tibia, pues están lo más cerca posible el uno del otro. Y así, dichos

proverbios se verifican sobre todo en el caso de uno para consigo mismo” (*CEN*, N° 1860).

Ahora bien, el que desea para sí el bien honesto, ama el bien que el entendimiento le presenta como tal, y hace que todas las potencias del alma le obedezcan (*CEN*, N° 1868). En este punto la diferencia entre Tomás de Aquino y Adam Smith es esencial. El segundo considera que el individuo debe buscar lo que satisface sus instintos o sentimientos, y la razón debe estar al servicio de ese cumplimiento. Tomás de Aquino, en cambio, piensa que el hombre debe agenciárselas para conseguir el bien del entendimiento, es decir aquello que la razón natural le indica que es un fin deseable porque constituye su perfección o excelencia (*ST*, I-II, c.94, a.2), y todas las inclinaciones de cualquiera de las potencias de la naturaleza humana, como son los apetitos sensibles, deben saciarse convenientemente en la medida en que son dirigidas por el orden de la razón natural (*ST*, I-II, c.94, resp.2).

¿Qué consecuencias tiene esta diferencia para el orden social o político? Los que aman sobre todo los bienes corporales, es decir sus intereses, como los mejores, buscan, según Tomás, una sobreabundancia que no todos pueden compartir al mismo tiempo. Se explica, pues, que con relación a estos bienes haya peleas y discordias entre las personas. Los que tales bienes apetecen más que nada, se aman a sí mismo según la parte irracional del alma, que es su parte sensitiva, siguiendo más al sentido que al entendimiento (*CEN*, N° 1864).

Los que se aman a sí mismo deseando para sí el bien honesto, en cambio, lo hacen realizando actos de virtud, obedeciendo a su entendimiento y razón (*CEN*, N° 1867 y 1872). Esto no es sólo favorable para sí mismos, sino también para los demás (*CEN*, N° 1876). Si todos se esforzaran por obrar virtuosamente, y cada cual tendiera a sobrepasarse en bondad obrando inmejorablemente, se seguiría que todos poseerían en común aquello que necesitan, porque uno subvendría al otro, y lo propio de cada uno sería lo que pertenece máximamente al bien, es decir la virtud (*CEN*, N° 1875). El hombre virtuoso hace mucho a favor de sus amigos y de su patria. Es capaz de despreciar dinero, honores y todos los otros bienes exteriores acerca de los cuales los hombres disputan, a favor del amigo. Y haciéndolo procura para sí mismo el bien honesto, que es el más eminente, amándose a sí mismo aun en mayor medida (*CEN*, N° 1878).

El amor de sí mismo virtuoso es, en definitiva, en el contexto de la filosofía de Tomás de Aquino, el que se adjudica una abundante cantidad de bienes propios de la razón. Así

el hombre probo actúa conforme a lo que es principal en él, que es la razón o el entendimiento, a lo que ama preferentemente (*CEN*, N° 1866). Estas expresiones de Tomás pueden ser chocantes para los que las leemos después de haber estudiado el racionalismo moderno. Por eso hay que entender que nuestro autor no se está refiriendo a una razón subsistente, una especie de divinidad abstracta, infalible, que procede sólo por vía de conocimiento racional y deductivo, algo que indudablemente no puede ser amado (Maritain, 1986, 87-88). En el contexto de la filosofía de Tomás de Aquino, la razón que ordena al hombre hacia su propio bien y al de los demás es una razón que participa de la sabiduría divina (*S.T.*, I-II, c.91, aa. 1 y 2). Cuando se ha dejado de lado este fundamento teológico, se ha caído desde una ética natural, que aprueba el amor de sí mismo que busca máximamente los bienes honestos conocidos por la razón, en una ética naturalista, que pone la razón al servicio de una justa repartición de bienes útiles.

### **La importancia de los fundamentos teológicos de la ética social**

Tanto Tomás de Aquino como Adam Smith fundamentan el amor de sí mismo virtuoso, que está en el origen de un orden social justo, en la naturaleza del hombre. Se podría afirmar por tanto, llevados por las apariencias, de que ambos establecen una ética social natural. Sin embargo nosotros afirmamos que no es así, porque la política concebida por Smith es *naturalista*, mientras que la de Tomás sí que es natural.

El orden social pensado por Smith, basado en un amor de sí mismo virtuoso, es enteramente construido por el hombre a partir de ciertos instintos que, aunque han sido puestos por la Naturaleza en el hombre teniendo en vista su autoconservación (*TMS*, 248)<sup>6</sup>, no indican un fin moral que trascienda su propia satisfacción, ni son racionales en sí mismos. Por eso Smith es naturalista, ya que entiende la naturaleza como una fuerza que opera en el hombre de un modo extrínseco o ajeno a la razón. La moralidad consiste entonces en una racionalización enteramente humana de esas inclinaciones, la cual se debe manifestar en un equilibrio de intereses individuales que constituye sin duda una cierta cooperación social. El problema que este sistema social lleva consigo es que se trata de un orden moral autoreferente, porque es edificado por los mismos individuos para controlarse a sí mismos, suponiendo una debilidad de su naturaleza, sin considerar que esta misma debilidad puede tergiversar y falsificar el orden.

Al contrario, el amor de sí mismo virtuoso pensado por Tomás de Aquino, que tiende por sí mismo a la promoción del bien común, está basado en la sabiduría divina conocida por la razón natural humana, y no simplemente manifiesta en ciertos instintos.

El hombre tiene la capacidad de advertir un orden moral que le es propio, pero que lo trasciende en el sentido de que pertenece a su realidad de criatura, y que constituye, por tanto, un punto de referencia cuando por su debilidad se aparta de su fin, ya sea individual o socialmente.

El origen de esta divergencia tan importante entre Adam Smith y Tomás de Aquino está en el rechazo de los reformadores originales, Lutero y Calvino, de la teología natural escolástica, según la cual el hombre es *imagen de Dios*. Ellos negaron la posibilidad de que el hombre pudiera tener un conocimiento racional de la naturaleza de Dios, del cual pudiera deducir lecciones morales para ellos mismos (Haakonssen, 36). Con la influencia del protestantismo se perdió la noción aristotélica de bien como fin último de la vida humana. Las virtudes aristotélicas continuaron proporcionando un marco de excelencia natural, pero se pensó que existe en el hombre una imperfección radical frente a ese bien (MacIntyre, cap. XII).

La gran cuestión fue desde entonces cómo establecer una moral puramente humana sin caer en el relativismo. Ésa fue la tarea del iusnaturalismo en sus diversas formas. Adam Smith es un heredero de la doctrina moderna de la ley natural, que le llegó, en concreto, por medio de las enseñanzas de Gershom Carmichael, quien fue, a su vez, discípulo de Samuel Pufendorf. Carmichael fue en la Universidad de Glasgow, donde él y Adam Smith llegaron a ser catedráticos, un puente entre el iusnaturalismo formalista y deductivo y el método experimental inductivo, al mismo tiempo que se alejaba de la rigidez del calvinismo reinante en Escocia.

Estos dos últimos aspectos son importantes para entender los principios en que Adam Smith asegura el orden social, en momentos históricos de creciente dominio del estado moderno y de la economía de mercado. Por una parte, a partir del primero de ellos se comprende la tendencia de Smith a fundamentar la moral y la política en percepciones sensibles conocidas por observación psicológica, desconociendo la existencia de una razón natural de orden intelectual. Por otra parte, se explica, a partir del segundo aspecto, que Adam Smith haya querido establecer una moralidad enteramente construida por el hombre. En esto último se manifiesta su rechazo del calvinismo que, paradójicamente, después de haber negado la posibilidad de una teología natural que le permitiera saber que el hombre es *imagen de Dios*, y tiene la capacidad natural de conocer la ley eterna para fundamentar la moral; tuvo que recurrir a la teología moral revelada para establecer las normas sociales, aplicándola además de modo rígido (MacIntyre, cap. XIII y XIV). Nos parece por tanto de enorme importancia volver a esas



verdades escolásticas descartadas por la filosofía protestante, para conseguir que, en la sociedad actual, “por encima de la lógica de los intercambios, que se basa en parámetros económicos y en formas justas, exista *algo que es debido al hombre porque es hombre*, en virtud de su inminente dignidad”, como dice la glosa de Juan Pablo II que nos ha convocado en este Congreso.

María Elton (Universidad de los Andes, Santiago de Chile)

---

#### NOTAS

<sup>1</sup> Cfr. Voz “individualismo”, en J. Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ariel, 1994, vol.2, p. 1805

<sup>2</sup> En el contexto de la filosofía empírica de Adam Smith, que tiene su base gnoseológica en David Hume, la razón no es más que un producto superior del conocimiento y la actividad sensorial (Cfr. David Hume, *Treatise of Human Nature*, L.A. Selby-Bigge, Oxford, reprinted 1960, Book I, Part I, Sections I, II, III and IV)

<sup>3</sup> Adam Smith considera que la felicidad del hombre, lo mismo que la de las otras criaturas racionales, parece haber sido el propósito original del Autor de la naturaleza cuando las trajo a la existencia (*TMS*, 193). Dentro del contexto de su pensamiento, la felicidad aparece identificada con la salud, con el bienestar, con la conciencia clara (*TMS*, 55); y con la tranquilidad propia del gozo en la situación presente (*TMS*, 172).

<sup>4</sup> Adam Smith tiene también en su filosofía moral una impronta epicúrea. La felicidad no se encuentra en el logro de una excelencia personal, sino en un ajuste social externo.

<sup>5</sup> Sus intereses son los bienes corporales recién mencionados.

<sup>6</sup> El estoicismo de Adam Smith le llevaba a pensar que las leyes de la Naturaleza, escrita así con mayúscula, son la sabiduría de Dios (Fitzgibbons, 29-32).

---

#### Bibliografía

- Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, edited by Knud Haakonssen, Cambridge University Press, 2002; *An Inquiry into The Nature and Causes of the Wealth of Nations*, edited by R.H. Campbell and A.S. Skinner, Indianapolis, Liberty Fund, 1981.
- Haakonssen, Knud, *Natural law and Moral Philosophy. From Grotius to the Scottish Enlightenment*, Cambridge University Press, 1996.
- MacIntyre, Alasdair, *Justicia y racionalidad*, traducción de *Whose Justice? Which Rationality?*, Pamplona, Eiusa, 1994.
- Maritain, Jacques, *La loi naturelle ou loi non écrite*, Fribourg, Éditions Universitaires, 1986.
- Santo Tomás de Aquino, *Comentario de la Ética a Nicómaco*, traducción y nota preliminar de Ana María Mallea, Buenos Aires, Ediciones Ciafic, 1983; *Suma de Teología*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1988.